

LUIS BARAHONA DE SOTO (1548 – 1595)

ÉGLOGA DE FELICINO Y CLEANTO

I

Bien poco espacio arriba de aquel monte
que se dejó cortar por dar corriente
al cristalino Dauro celebrado,
en un lugar do el fuego de Faetonte
en medio de su furia no se siente,
por ser de breñas y árboles cercado,
guardaban su ganado
Cleanto y Felicino,
a quien la ociosidad abrió camino
para rogar, cantando,
a Olisa, una pastora que, escuchando,
alegre burla dellos,
que el monte olvide y baje a entretenellos.

II

Los dos son tiernos jóvenes iguales,
discretos ambos y en cantar mostrados
y nuevos en amor, y ambos pastores
y en todo es ella más que ambos zagales,
contenta con sus pastos y ganados,
sin pena ni temor de mal de amores.
Vos, Musas, que mayores
cosas habéis dispuesto,
decid, según mejor pudierdes, esto;
no porque yo lo pido,
mas porque veis lo poco que he podido,
y veis que se me manda
y escucha el valle desta a la otra banda.

FELICINO

III

Crespas hebras de rubios cabellos,

tan rubios que dirán que fuistes hechos
de aquel metal que esta agua helada cría;
sutiles hilos que ligáis mil cuellos,
tiniendo corazones mil deshechos,
y mil almas prendáis, y más la mía;
si vuestra gallardía
y vuestra luz preciosa
quisiese comparar a alguna cosa,
sería comparada
a la del claro sol, y aquesto es nada,
pues casi tiene tanta
el viento, porque os tiene y os levanta...

CLEANTO

IV

Clara hachas de Amor, ardientes, bellas,
que aquí alumbráis, allí abrasáis las vidas
de quien os ama y os contempla y mira;
ojos, que sois del cielo dos estrellas
grandes y en buena suerte dél nacidas,
por quien más que por cuantas tiene admira,
y así arrebatada y tira
tras sí cualquier sentido
que a su contemplación ve convertido,
aunque terrestre y vano,
que fuera del mortal sentir profano
le sube, aunque no quiera,
a la pureza de la edad primera...

FELICINO

V

Rosada luz de Amor, claras mejillas,
que os encendéis con virginal vergüenza
si veis mortales ojos, o os veen ellos,
y cuando, desmandadas las hebrillas,
como oro salen de la rubia trenza,
que liga y que tejieron los cabellos
del alma della y dellos,
ofendida, si mira,
al corazón aprieta, al rostro aíra,

la sangre arroja luego
a vosotras, que, ardiendo en aquel fuego,
me asemejáis dos soles,
inflamadas con varios arboles

VI

y dulces labios, puerta de mi gloria,
con la sangre del pez de Tiro ungidos,
llamas, rubíes, granas y corales,
de quien jamás Amor sacó victoria,
y con que ha despojado mil vencidos,
venturas de esas perlas orientales;
suavísimos panales
y ambrosia soberano
de donde gloria dulce y larga mano
que a más penas convida,
bastante premio y paga de mi vida,
en vuestro amor gastada
y en nada más que en él bien empleada...

CLEANTO

VII

¿Dó está vuestra presencia? ¿Dóla? ¿Dóla?
¿Por qué no me socorre, pues que peno
en medio de mi gozo y me deshago?
Belleza al mundo rara, al mundo sola,
por quien aquello y esto Amor trae lleno
de su vertida sangre, y hecho un lago;
ved cuál será el estrago
que en las entrañas hace
de quien rendir a vuestra luz le aplace,
y más en aquel pecho
do se alimenta y vive satisfecho,
por verse aquí más vivo
que su alto y claro cielo, aunque captivo.

FELICINO

VIII

¿Cuál gozo extraño, cuál fiero deseo
en los horribles montes os detiene,
oh rayo de belleza ardiente y claro?
Bajad ante mis ojos, pues os veo
con la encendida luz que mi alma tiene,
aunque vuestra esquivaza os dé reparo.
No es justo ser avaro
quien sin su costa puede
hacer que rico el valle y monte quede
con sola su presencia,
de más valor y gracia y excelencia,
frescura y gentileza,
que suele al prado dar naturaleza.

CLEANTO

IX

Aquí se muestra el cielo más benigno,
la olor más fresca y más gentil la rosa,
y el suelo más alegre y más tractable;
que apenas en las breñas hay camino,
ni hay mata fiera que no sea enojosa,
ni sombra que parezca deleitable.
En esta falda, amable
es todo y apacible
y para nuestra vida conveniente:
la nieve no es tan fría,
ni tan ardiente el sol a medio día,
ni el viento tan esquivo,
ni el gozo tan ligero y fugitivo.

FELICINO

X

Ahí mil veces turbio, espeso, obscuro,
el cielo rayos ásperos despide
y truenos que rasgando van el viento;
aquí sereno, alegre, claro y puro,

no hay día ni hay lugar do no convide
con sus piadosas auras a contento.
Ahí quemará el viento
los labios tiernos bellos
y privará del lustre a los cabellos,
y el sol, que es implacable,
[ahí tostará su tez inimitable] ,
y aquí la sombra amena
guardará sus matices de azucena.

CLEANTO

XI

Ahí tu blanco pie riscos y espinas
por yerbas pisará, y aun nieve y yelo
por mollizna apacible y por rocío,
dando molestias a tu carne indinas,
la piel curtiendo y erizando el pelo,
robándote el color, la fuerza y brío.
No pienses que porfío
por mi regalo tanto
(aunque de entre los tuyos le levanto),
cuanto por ti y por ellos.
¿Qué flores mirarán tus ojos bellos
en esas peñas fieras?
¿Qué olores gozarás? ¿Qué bien esperas?

FELICINO

XII

Desciende, pues, Olisa mía, desciende
a do,virtiendo lágrimas, te llama,
ardiendo en tu belleza, Felicino;
y si hay pastor allá que te pretende,
¿quién hay que te merezca? Y si hay quien te ama,
¿quién [es] de ser amado de ti digno?
Si es fácil el camino
y si el bajar es leve,
(que tras el curso natural se mueve),
no quieras empinarte
a do podrás un día despeñarte,
ni subas por tu mano
do después llores mi consejo en vano.

CLEANTO

XIII

¿Quién llevará a tu oreja, Olisa mía,
las voces dolorosas que en tu ausencia
tras ti se pierden? ¿Quién del valle y río
las quejas de su daño, y quién del día,
que más que su luz ama tu presencia,
y siempre está nublado sin ti y frío?
Que de tu pecho frío,
según eres piadosa,
que no podrá sufrir viendo sin rosa,
sin flor, sin yerba el prado,
ejar morir así nuestro ganado,
dejarnos tristes, muertos,
y, cual sin sol, sin tu calor desiertos.

XIV

¿Cómo? ¿Qué? ¿Fue posible que te agrada
el monte seco más que esta frescura
y más que esta agua viva la que es muerta?
La fuente de Alfacar la envió encañada
a tus dudosos pastos, pues ni dura
ni puede ser a todos siempre cierta.
Aquí está siempre abierta
la vena transparente
de do se sangra Dauro, y su corriente
no sólo riega al valle,
la plaza insigne y la más noble calle
que viste, o ver esperas,
mas parte de ese monte, aunque no quieras.

FELICINO

XV

¿Qué? ¿No te viene al ánimo, aunque seas
crüel desamorada, un pensamiento
alguna vez? ¿Qué? ¿No te acuerdas, fiera,
cuando en las breñas sola te paseas,

del tiempo que mirar te dio contento
esta apacible sombra, esta ribera?
De aquesta fuente, que era
no menos celebrada
de ti que fue cuando era ninfa amada
del ciego amante río,
¿no dices: «Allí estuvo el pastor mío;
allí vi yo mi cara,
y allí la vi adorar en la agua clara?»

CLEANTO

XVI

¿Qué? ¿No te acuerdas de cuando, cantando,
la selva con tu nombre resonaba,
de fieras y de peces conocido?
El cielo nueva luz iba mostrando,
y la afligida tierra se alegraba,
y todo me prestaba alegre oído.
Ya todo se ha perdido,
y, mudo y seco el prado,
se olvida en un silencio sosegado;
y con tristeza esquiva,
que no parece que haya cosa viva,
si no es que aullando el viento
con silbos representa mi lamento.

FELICINO

XVII

Todo se fue contigo; si aquí estabas,
aquí estaban las ninfas, y aquí el miedo
de los sátiros, vanos los hacía.
Tú regías mil danzas; tú ordenabas
mil juegos; tú mil luchas con denuedo,
que a su belleza mucha le añadía.
Faltaste tú, y el día
en que de aquí te fuiste
faltó el gozo y placer; que todo es triste.
Las ninfas se volvieron
en fuentes, que en llorar se derritieron;
los sátiros faltaron

o en árboles helados se mudaron.

XVIII

La selva se olvidó de dalle flores
a la cuidosa abeja, y del rocío
el cielo se olvidó, y de grama el prado;
.....
y de correr también se olvidó el río
aquel nubloso día y desdichado;
y aquí y allí el ganado
se viera desvalido
dejarse perecer en muerto olvido,
y, al fin, todas las gentes.
No sé cómo lo sufres y consientes;
que no eres tú tan fiera
que no sepas tratar de otra manera.

CLEANTO

XIX

Si quieres ir a caza a la montaña,
y si a pescar a Beiro, y si al contento
del fresco Dinadamar, di, pastora,
¿quién te lleva la red? ¿Quién te acompaña?
¿Quién te coge las frutas, y en el viento
los simples pajarillos prende ahora?
Y ¿quién de la traidora
y astuta zorra y lobo
liberta tu ganado, y quién del robo
les quita los despojos?
Y ¿quién ligeramente ante tus ojos
les sigue y hiere o mata,
y los alcanza y vivos te los ata?

XX

Cualquier lugar me puede ser testigo
del tiempo en que por tuyo me tuviste,
aunque de amor no sepas, por mi daño:
que de cualquier contrario y enemigo,
o lobo sea o ladrón, librar me viste

la más pequeña res de tu rebaño;
y ahora, o ya me engaño,
o falta quien lo haga,
no porque alguno tema de la paga
(que hartos es ver, pastora,
tu rostro, que la luz del sol colora),
mas porque no se atreve
alguno a tanto amor como te debe.

FELICINO

XXI

Baja del monte, pues, bajo a lo llano,
baja a este valle y río; no le huyas
y volverásle al ser de su belleza;
baja y verás que espera de tu mano
la tierra que en su honor la restituyas,
y se te da y ofrece con largueza.
No hallarás corteza
ni piedra levantada
do no te veas escripta y figurada,
y no verás contento
do no escuches tus loores por el viento,
ya en cantos, ya en primores,
ya en juegos y ya en bailes de pastores.

CLEANTO

XXII

Cual con sencillo rostro y pecho tierno,
al levantar del sol o al trastornarse,
te ofrecerá el panar recién cogido,
y cual el simple enodio, antes que el cuerno
enseñe, ni dél sepa aprovecharse,
o el oso con la cama do ha nacido,
o el ingenioso nido
del simple pajarillo,
que no podrá, quiriéndolo, encubrillo,
.....
la cual a su pesar todo lo allana;
o el tarro de cuajada,
o de la leche apenas resfriada.-

XXIII

Suspenso el prado, el río, el aire, el cielo
al vario canto de los dos estuvo,
cesando en todo el cierto curso eterno;
que el tiempo aquel espacio hurtó al suelo,
y el sol al mundo sin contar estuvo
esto en verano, otoño, estío ni invierno.
La copia el fértil cuerno
con variedad de flores
al suelo le esparció y al aire olores
más frescos y sabrosos,
suaves, claros, dulces y amorosos
que nunca dado había.
Cesó el cantar y aquesto, y cesó el día.

XXIV

A tal sazón Olisa, que escuchaba
las voces más suaves y amorosas
de aquellos de quien era tan servida,
se levantó de aquel lugar do estaba
coronada de flores y de rosas,
de aquesto ni de lo otro conmovida,
y, por la despedida,
se fue cantando luego
algunos versos de contento y juego,
en que era acostumbrada,
y recogió a su aprisco su manada
de cabras, que contenta
está con el lugar do la apacienta.